

Soledad, Evasión e Ironía en la Poesía de Silva

Por José Ignacio GONZALEZ

(Conferencia leída en la Universidad Femenina y cedida especialmente para el Homenaje de nuestra Revista).

Tiene acaso más de romántico que de modernista nuestro José Asunción; y si no inútil, cuando menos sería improcedente en estos instantes adentrarnos en el tema de la modernidad literaria que no obstante presintió y realizó, en gran parte, el poeta bogotano. La posterior influencia de los medios parisinos de fin de siglo no lo desligó de aquí, y tampoco lo confundió con los poetas decadentes. Todo esto, por supuesto, sin perder su excelsa calidad de poeta original y de hombre muy íntimo y muy de su alma y temperamento cual ninguno otro, quizás, en la lírica continental.

El canto lírico es la poesía que mejor define la época moderna, hasta el punto que todos los demás géneros, separados por barreras convencionales desde las arbitrarias reglas atribuidas erróneamente a Aristóteles, lo han abrazado, tal vez demasiado, confundándose en el anchuroso mar de la poesía. Y esa calidad del canto lírico no es como se quiera, sino de un subjetivismo cada vez más hondo y penetrante; nada abstracto y general, pero sí muy concreto e individual. Y como lo introdujo el romanticismo, lo que vale decir con ansias de imposible en todos los arrebatos del espíritu cristiano que gravita irremediablemente hacia su centro indeficiente y eterno, con anhelo vivo y mortal desasosiego. Por otra parte, anhelando el contacto con el alma de la naturaleza como vaga protesta contra los artefactos del capitalismo traído por una burguesía concupiscente que trastornó las cimas de la jerarquía, el alma angustiada, emigra en su imaginación hacia felices y exóticos países donde tal vez encuentre la

miel de los paraísos perdidos; empieza el cultivo del yo con las confesiones angustiosas y torturantes y regresa de esos senos abismales con llanto en los corazones y rotas las alas de la libertad que reclamara, junto con el manto y la lira de Euforion, según lo canta Goethe en el segundo Fausto tan bellamente, simbolizando esta odisea del espíritu.

Con tanta razón como justeza dijo Anatole France: "No hay poesía sino en el deseo de lo imposible y en el sentimiento de lo irreparable". Silva destila en sus estrofas estos sentimientos, con la persistencia de la gota de agua que fluye en el manantial.

Por otra parte aquella lírica enturbiada en sus fuentes germánicas con las neblinas de las razas nórdicas y contagiada de la enfermedad del siglo, excéptico y pesimista, engendró el análisis que disipa las ilusiones bienhechoras. . . . "La marcha de Dios, de la fe, he aquí las razones, algo generales, pero verdaderas, del aburrimiento moderno", exclama André Tardieu. Aburrimiento que la poetisa romántica, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, expresó insuperablemente: "Un mal terrible, sin remedio, que hace odiosa la vida, odioso el mundo, que seca el corazón. En fin, es tedio". Y Silva: "Un malestar profundo que se aumenta con todas las torturas del análisis".

Las afinidades con Bécquer llegan hasta hermanarlo en un romanticismo alejado de lo chillón, pálido y evanescente. podríamos decir; sin aquella rebuscada afectación y musa sensiblera que lo lleva derecho al simbolismo cuando busca dar una impresión vaga con imágenes a media luz, "Como la huella que deja una imagen en la fantasía". La calidad sensitiva que se adelgaza y sutiliza en la musicalidad, tan propia para expresar los matices de las sensaciones, no llega en Silva al vicio de los que intentaron convertir el lenguaje poético en amontonamiento de notas expresivas del sonido, borrando la huella intelectual del vocablo que es de procedencia representativo. Para su música rumorosa y alada, combina y dispone los ritmos, perfeccionando los que la tradición ha mantenido; y con tan sabia batuta que a su conjuro, las notas dispersas acuden hasta formar la sinfonía inimitable de sus nocturnos.

9

Pero la presencia de vosotras, me reclama que otro motivo me trajo aquí esta tarde.

Los cuadros de costumbres tan aplaudidos e imitados después de mediar la pasada centuria, presentan al amigo de las investigaciones, más de un motivo abundoso de reflexiones sociales. Los hay placenteros, rebosantes de la satisfacción de una sociedad conforme con gustos de muy escaso alcance por cierto; y los hay picarescos y acerbos, denunciando ya el comienzo de una incertidumbre social que pregona el fin de una era y el comienzo de otra que trae en su seno las alternativas y quebrantos de un cataclísmico desequilibrio.

El padre de José Asunción fue un cultivador de este subgénero literario con pizcas de socarronería y mucho de aprovechamiento del ocio de una situación holgada y un medio tedioso donde el tiempo parece suspendido bajo una capa plomiza. Tertulias del Mosaico, aquí o allá, en las mansiones de sus socios, las presencia el joven hijo de Don Ricardo, varón éste de refinamiento, pulcro en el vestir y sobrio de ademanes. Estos fueron los primeros encuentros con su destino literario y que en bellos cuadros con retoques tardecinos y perfumados recuerdos, los evoca con sentimiento y artificios de poeta.... "A la lumbre postrera—del sol en Occidente—quién no espera mirar allí, sombría,—medio perdida en la rizada gola—la cabeza severa—de algún oidor, o los oscuros ojos—de una dama española—de nacarada tez y labios rojos—que al venir de la hermosa Andalucía—a la colonia nueva—el germen de letal melancolía—por el recuerdo de la patria lleva?

Si existe, como quiere uno de sus biógrafos, armonía entre el verso y la vida de Silva, el mismo desarrollo en que se sucedió ésta, lo preparan a la SOLEDAD. García Prada nos dice que era un niño retraído y mimado, que pasaba las horas leyendo en su casa solariega, llena de flores y ternuras. Lo pusieron en el colegio que regentaba Don Luis M. Cuervo, hermano del insigne Rufino José. Allí estuvo poco tiempo. Sus condiscípulos, lo miraban con recelo, por la corrección de su vestido, su belleza, su peinado, el aseo de sus libros y cuadernos y la pulcritud de su lenguaje y lo llamaban despectivamente El Niño Bonito. Pasó a otro colegio, dirigido por don Ricardo Carrasquilla, célebre por sus artículos de costumbres. El niño se hacía hombre, y como era tenido por un orgulloso superior, cuyo aprovechamiento y seriedad desesperaban a sus compañeros, se enseñaban con él, apodándolo José Presunción. A los dieciséis años, José salió de las aulas hostiles y se fue a ayudarle a su padre en la administración de su lujosa tienda de sedas, de perfumes, de porcelanas y de objetos de arte. Se enfrentaba con el mundo de los negocios, que no conocía, sin haber saboreado las escapatorias de la niñez, ni las de la juventud.

Quiere decir, pues, que no tuvo infancia, al no vivir las heroicas y traviesas horas de aquella edad y sin embargo oigámoslo: "Con el recuerdo hora de las cosas—que embellecen el tiempo y la distancia—retornan a las almas cariñosas—cual mandadas de blancas mariposas—los plácidos recuerdos de la infancia".—Los recuerdos, en este caso los de su esperanza, son el refugio del solitario. En la soledad, la canta José Vasconcelos, las cosas adquieren lengua, y el espacio se llena de signos.... Soledad del poeta, en ella atisba los ritmos del mundo.... la más pura. La mejor forma de la maternidad es una vasta soledad en el regazo del misterio.

En toda su poesía asoma la Soledad, a veces medrosa, otras misteriosa.

“Hubo un silencio grave en todo el aposento—y en el reloj la péndola detúvose un momento—la fragancia indecisa de un olor olvidado—llegó como un fantasma y me habló del pasado—vi caras que la tumba desde hace tiempo esconde—y oí voces, oídas, ya no recuerdo dónde”.

“¡Oh voces silenciosas de los muertos!—Cuando la hora muda—Y vestida de fúnebres crespones—desfilar haga ante mis turbios ojos—Sus fantasmas inciertos—Sus pálidas visiones!—Oh voces silenciosas de los muertos!” ¿Dónde más punzante soledad?: “Estrellas que entre lo sombrío—de lo ignorado y de lo inmenso—semejáis en el vacío—jirones pálidos de incienso;—nebulosas que ardéis tan lejos—en el infinito que aterra—estos que en abismos ignotos—destramáis resplandores vagos”....

Lector de Leopardi, de Heine, no necesitó sin embargo, beber en ellos el zumo, a veces venenoso, de sus GOTAS AMARGAS. La queja del primero es serena, elevada y continente; jamás se desborda en el lamento vocinglero y vacío del romántico; es honda, alta como las quejas elegíacas que en las coplas de Manrique van estremeciendo el corazón de este varón fuerte. En cambio Heine, es sarcástico, maldiciente, impío. La de Silva, es una rebeldía más cerebral y por eso la poesía, en este paréntesis explicable de su obra, le debe más al genio del poeta y poco, muy poco, a su corazón. En aquellas hay ironías intrascendentes como esta de EGALITE: “Juan Lanas, el mozo de la esquina—es absolutamente igual—al Emperador de la China: —los dos son un mismo animal— Juan Lanas cubre su pelaje—con nuestra manta nacional;—el gran magnate lleva un traje—de seda verde excepcional”. Es desoladora en la respuesta de la tierra: “¡Oh Madre, oh tierra!, díjole; en tu girar eterno—nuestra existencia efímera tal parece que ignoras.—Nosotros esperamos un cielo o un infierno,—sufrimos o gozamos en nuestras breves horas—e indiferente y muda, tú, madre sin entrañas,—de acuerdo con los hombres no sufres y no lloras”. Cruel en FUTURA, donde un orador en la plaza de Francfort descubre el velo de una estatua de Sancho Panza “ventripotente y bonachón” fundador de una religión que destruyó el idealismo y que al sólo invocarlo se mejora la digestión. En SICOPATIA, nos muestra su excepticismo de la ciencia, la inutilidad del análisis y la insuficiencia del galeno que parece encarnar aquel ávido y satisfecho positivismo que no cree sino en el esfuerzo del músculo y en las redentoras terapéuticas de la gimnasia. En FILOSOFIAS hay un juego de ironía paradójico y contrastado con no poco de irreverente en medio de un chisporroteo de ingenio: “Trabaja sin cesar, batalla, suda,—vende vida por oro:—conseguirás una dispepsia aguda—mucho antes que un tesoro”

Otra alma desolada, melancólica, de signo gemelo al de Silva, cantó también lo irremediable y paseó su dolor sin quejas bajo las estrellas mudas. Apenas dijo, para un amor desgraciado: "Volverán las oscuras golondrinas—En tu balcón sus nidos a colgar—Y otra vez con el ala en sus cristales—Jugando llamarán.—Pero aquellas que el vuelo refrenaban—Tu hermosura y mi dicha al contemplar—Aquellas que aprendieron nuestros nombres...—Esas... ¡no volverán!" Y a los adversarios implacables de su dicha que lo sumían en el desengaño: "Es mi vida un erial—flor que toco se deshoja—que en mi existencia fatal—alguien va sembrando el mal—para que yo lo recoja".

— 9 —

Estamos tentados a recordar, para esta jornada de la producción de Silva, aquellos consejos de Rilke: "Ironía: no se deje dominar por ella, especialmente en los momentos no creadores.... Busque lo profundo de las cosas; hasta allí nunca desciende la ironía". En cambio, cómo si las penetró sorprendiéndolas en aquel ámbito reservado a la visión del poeta que da la sensación de las cosas sin nombrarlas apenas, en aquel círculo mágico donde la musicalidad diluye sus notas haciendo impalpable y traslúcida la sensación que persiguió con su inacabable sed de urgencias tentadoras. Tal vez jamás describió en su edad simbolista porque las apariencias y no la estabilidad, lo fugaz y no lo durable, el ritmo incesante de la vida que gotea el tiempo y no la eternidad que sume el alma en el deliquio y lo consueña con su plenitud, lo arebaron hasta con sus tornasolados cambiantes. Para alcanzar el misterio se sirve de su facultad de evocación y se fuga de lo real en aladas evasiones. "El pasado perfuma los ensueños—con esencias fantásticas añejas—y nos lleva a lugares halagüeños—en época distantes y mejores,—por eso a los poetas soñadores—les son dulces, gratisimas y caras—las crónicas, historias y consejas". " Y ágil caballero cruzando la selva—do vibra el ladrido fúnebre de un gozque—a escape tendido va el príncipe rubio—a ver a la hermosa Durmiente del bosque".

Pero llegamos a la suprema evasión, a la fuga definitiva: "Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas". La viveza de la expresión sensitiva, cala hasta lo más íntimo del alma. En el paisaje lunar se entrecruza la sombra de la muerte con la del bardo melancólico. Reina un infinito silencio. Nos lo denuncia el murmullo y la "música de alas". Es la noche callada. No aquélla en que rasgueos de guitarra sonaban al pie de la ventana de celosías, entretejida con otra urdimbre lunar. Es "la noche tibia de la muerta primavera". Lamento postrero

prolongado en infinita queja, que no acaba de vibrar en esa orquestación funeraria. “Esas blancuras níveas”, “la estepa solitaria”, nos sugieren la intimidad de su alma en aquel momento de apariencias fluídas que quedaron para siempre en símbolo eterno de la muerte y del dolor infinito. En escala impalpable, tras un místico beso, vuela su espíritu “por el infinito negro—donde nuestra voz no alcanza”.

